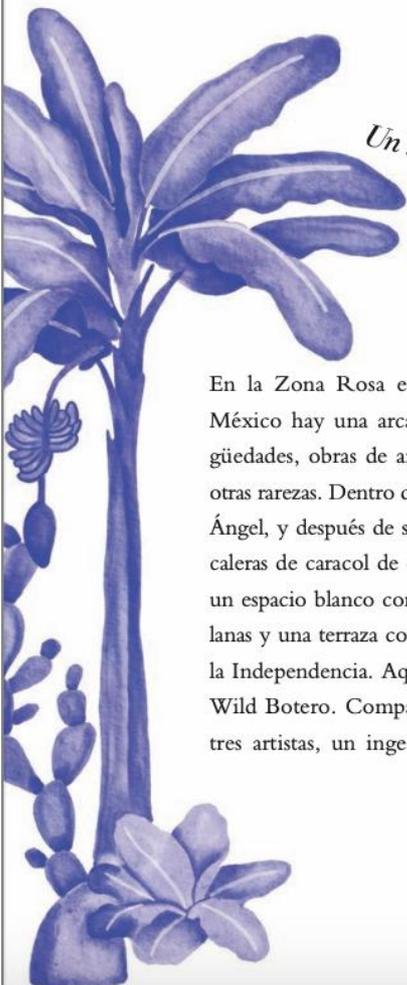


UN JARDÍN DE ROSAS EN EL TRÓPICO

Un retrato escrito de

Andrea Wild Botero

Por Sofía Garf



En la Zona Rosa en la ciudad de México hay una arcada con antigüedades, obras de arte, tapetes y otras rarezas. Dentro de la Plaza del Ángel, y después de subir unas escaleras de caracol de concreto hay un espacio blanco con bóvedas catalanas y una terraza con vista al Ángel de la Independencia. Aquí trabajaba Andrea Wild Botero. Compartíamos un estudio tres artistas, un ingeniero bioquímico y



ella, interdisciplinaria en su hacer. Habíamos dividido el espacio y cada rincón era un retrato ampliado de nuestras personalidades. Andrea siempre tenía libros sobre el mercado del arte y coleccionismo, alguno que otro catálogo, su computadora, unos audífonos, unas acuarelas y papel algodón.

En las mañanas, podías encontrar a Andrea con los audífonos puestos y una concentración sostenida. En la tarde, cerraba su



computadora y se ponía a hacer dibujos y pinturas en acuarela para distraer su mente. En ese tiempo, Andrea Wild trabajaba para emprender Artemisia, un proyecto de venta de arte. Dedicada y de inteligencia sensible, su energía es como la de una abeja que poliniza varias rosas simultáneamente.

Como sucede en las familias de

LOS OFICIOS QUE ANDREA CONOCIÓ DURANTE SU CRIANZA LE PERMITIERON ENTENDER AL ARTE POR DENTRO.

artesanos y comerciantes, en las que se heredan el oficio y los negocios, en la de Andrea Wild se cultiva el arte de generación en generación. Su abuelo: pintor; su abuela: directora del Museo de Arte Moderno en Bogotá durante 47 años. Su padre es galerista y su madre es curadora y decoradora. Los oficios que Andrea conoció durante su crianza le permitieron entender al arte por dentro. Ha creado su propio universo desde la historia, el trabajo con artistas y sus procesos, la curaduría, el mercado y la vida social que lo acompaña. Desde siempre el arte ha sido su materia prima.

Eventualmente, dejamos el estudio de la Zona Rosa. Andrea siguió su carrera como directora de ventas de una galería de arte contemporáneo en la Ciudad de México. Tiempo después, para entretener a su criatura de dos años de la eternidad mundana e incierta de la pandemia se puso a pintar con él. Al tratar de llenar las horas de encierro de su hijo, llenó las suyas también. Andrea y su familia estaban haciendo cuarentena en Careyes, una playa en la costa del pacífico ▶





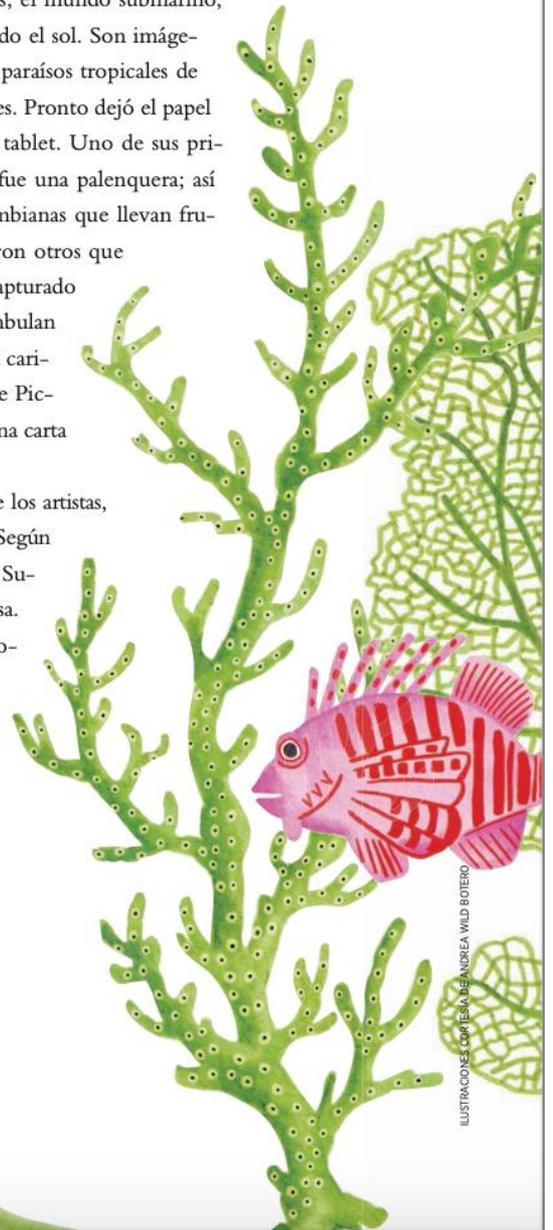
mexicano con un paisaje rocoso, vegetación casi jurásica y un mar de azul profundo y rugidos fuertes. Poco a poco, los elementos de su entorno empezaron a aparecer en sus apuntes visuales como cuando se revela una fotografía.

Su iconografía: plantas gigantes, plantas con animales, plantas con otras plantas, el mundo submarino, cuerpos de mujeres tomando el sol. Son imágenes de los placeres, de los paraísos tropicales de los sueños y de sus habitantes. Pronto dejó el papel y empezó a dibujar en una tablet. Uno de sus primeras ilustraciones digitales fue una palenquera; así se conoce a las mujeres colombianas que llevan fruta en la cabeza. De ahí siguieron otros que conforman un atlas generoso capturado por sus ojos viajeros que deambulan entre el Pacífico mexicano y el Caribe de Colombia.

Cuando hablamos sobre Pickled Pulp, Andrea me dijo que su proyecto es una carta de amor a su origen: Latinoamérica.

A pesar de trabajar con los mismos recursos que los artistas, Andrea Wild Botero declara: “Yo no soy artista”. Según Gertrude Stein “Rosa es una rosa es una rosa”. Supongo que Pickled Pulp es también una rosa.

En la universidad, Andrea decidió tomar algunas clases de dibujo, pintura y escultura para entender los procesos de producción de los artistas. “Si yo sé con mis manos cómo hacer, cómo





funcionan sus procesos y cómo se hacen

las cosas, voy a apreciar el arte aún más”, me dijo. En su faceta como ilustradora, esta formación se manifiesta en el rigor de su trabajo. Los dibujos son minuciosos y dejan ver que son el resultado de horas de bocetar sobre la pantalla.



La trayectoria de Andrea en el ecosistema del arte supera los once años. Ha trabajado como galerista, consultora de arte, curadora y como escritora. Me cuenta con emoción y quizá con pulso acelerado que después de años como gallerina y después como especialista en ventas, finalmente logró dominar la alfombra gris de las ferias de arte. Hoy sabe tomar aviones, transportar obras de arte en barco y dar vueltas enteras al ecuador con una maleta bien empacada que incluye siempre sus instrumentos para dibujar. Hace unos años conoció a su ahora esposo en una feria en Hong Kong. Siguen deambulando por los centros de convenciones de todo el mundo, haciéndonos descubrir maravillas en los pasillos genéricos donde se exhibe el arte contemporáneo.

Además de todo esto, Andrea es una mujer con un especial talento para contar historias que describen desde los pigmentos que usaron los grandes pintores, hasta los desamores que estuvieron detrás de sus lienzos. Su personalidad se despliega en conversaciones fascinantes. Hoy vive en Londres con su esposo y dos hijos. Sigue siendo leal al arte y tiene un jardín secreto detrás de su departamento. ■